

HOMILÍA EN LA VIGILIA NACIONAL

Mons. Carlos Escribano Subías
Arzobispo de Zaragoza

Sed bienvenidos a la Basílica de Nuestra Señora del Pilar en esta Vigilia eucarística de la A.N.E., con motivo de la 2ª Jornada preparatoria para celebrar el 150 aniversario de vuestra fundación por D. Luis de Trelles, en la fiesta de san Pascual Bailón. Damos gracias por el origen de vuestra asociación que tanto ha aportado a la Iglesia en España y en el mundo y, en concreto, hay que agradecer el espíritu audaz de aquel gran cristiano y su respuesta de fe a la experiencia de París, en aquella noche de Adoración que le llevó a querer organizarlo en España. Desde el principio, intuyó los frutos que de ese encuentro con el Señor se podían derivar en nuestra Iglesia.

No fue un camino fácil, pero lo consiguió en la noche de difuntos de **1877**, en **Madrid**. Desde entonces intentó impulsar esta gran obra que, por la misericordia de Dios, se extendió por todo el país y fueron muchos los frutos que de ella se han obtenido a lo largo de estos años. La riqueza orante de la estructura de vuestras celebraciones, las distintas Secciones que facilitan la incorporación a distintas edades y la profundidad de una espiritualidad eucarística, contagió a muchos adoradores que, a lo largo de los años, han pasado muchas noches en vela, viviendo un misterio de amor que ha transformado su vida y los ha convertido, en muchos casos, en grandes apóstoles de su tiempo.

Permitidme que de gracias por los grupos de Adoradores que he tenido la oportunidad de conocer y acompañar aquí, en la parroquia, y en la Rioja. En el Sagrado Corazón me encontré con un grupo de adoradores que, aunque iban entrando en años, se mantenían fieles a aquellos momentos de gracia. Yo entonces, joven párroco, me vi estimulado por aquellos adoradores fieles y apostólicos que, luego de modo natural y alegre, dedicaban horas y buen hacer a muchas tareas pastorales. Si os soy sincero fueron un gran regalo aquellas tardes noches de oración y muy edificante el amor que expresaban testimonialmente a la Eucaristía. También recuerdo, con mucha gratitud, las Vigilias de Espigas que organizaba cada año la A.N.E. en la Rioja. Era un momento de gracia, de comunión y de forjar una espiritualidad eucarística que tanto bien hacía a toda la diócesis. Y el ejemplo del venerable Alberto Capellán Zuazo, de Santo Domingo de la Calzada, modelo de adoradores nocturnos, que entendió que Eucaristía y Caridad van siempre intrínsecamente unidos. Muchas gracias, de verdad, queridos amigos adoradores.

Desde 1877 y constituidos como Asociación Pública de Fieles os habéis reunido en pequeños grupos que se turnan para adorar al Señor presente en la Eucaristía, en el silencio de la noche. San Ignacio de Loyola, en el libro de los Ejercicios Espirituales, en el Principio y Fundamento, nos dice que *el hombre ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor y de esta forma salvar su alma*. Esto es lo que hace el adorador en sus vigiliass. Mientras el resto de la humanidad descansa, os disponéis a rezar, pidiendo por toda la humanidad, por toda la Iglesia, por los presentes y todos los creyentes; el adorador se dispone a escuchar aquello que el Señor quiere comunicarle. Los sabéis bien: los turnos de adoración no son otra cosa que una oportunidad que se me da para entrar en intimidad con un Dios que sabemos nos ama; de descubrir la maravilla de un Dios, tan cercano, que se ha quedado en el Sacramento Eucarístico para aliviarme porque estoy cansado y agobiado, como Jesús mismo

nos prometió: *“Venid a Mi todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré”* (Mt 11,28) ¡Cuántas veces hacéis experiencia de ello!

Los adoradores también sabéis que la adoración es ir a lo esencial: que el hombre, cuando no adora a Dios, está orientado a adorar su yo. E incluso la vida cristiana, sin adorar al Señor, puede convertirse en una forma educada de alabarse a uno mismo y el talento que se tiene. Si perdemos el sentido de la adoración, perdemos el sentido de movimiento de la vida cristiana, que es un camino hacia el Señor, no hacia nosotros.

Los Papas más recientes en sus enseñanzas nos han recordado la importancia de la Adoración en la vida eucarística del cristiano y de la Iglesia: *“Estar todos en silencio prolongado ante el Señor presente en su Sacramento es una de las experiencias más auténticas de nuestro ser Iglesia, que va acompañado de modo complementario con la de celebrar la Eucaristía, escuchando la Palabra de Dios, cantando, acercándose juntos a la mesa del Pan de vida. Comunión y contemplación no se pueden separar, van juntas. Para comulgar verdaderamente con otra persona debo conocerla, saber estar en silencio cerca de ella, escucharla, mirarla con amor. El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre de esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, llenos de respeto y veneración, de manera que el encuentro se viva profundamente, de modo personal y no superficial”* (Benedicto XVI, homilía en la solemnidad del Corpus Christi, Basilica de San Juan de Letrán, 7 de junio de 2012) En efecto, en nuestras noches de intimidad, al adorar al Señor, descubrimos que la vida cristiana es una historia de amor con Dios, donde las buenas ideas no son suficientes, sino que se necesita ponerlo en primer lugar, como lo hace un enamorado con la persona que ama.

Francisco nos recordaba a su vez que la Adoración es el alma de la evangelización: *“Siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración, y me alegra enormemente que se multipliquen en todas las instituciones eclesiales los grupos de oración, de intercesión, de lectura orante de la Palabra, las adoraciones perpetuas de la Eucaristía”* (Francisco, Exhortación Apostólica *“Evangelium Gaudium”*, nº 262) Lo sabemos, la evangelización empieza de rodillas ante Jesús Sacramentado y también termina así.

Nos postramos ante Dios que primero se ha inclinado hacia el hombre, como buen Samaritano, para socorrerlo y devolverle la vida, y se ha arrodillado ante nosotros para lavar nuestros pies desgastados. Adorar el Cuerpo de Cristo quiere decir creer que allí, en ese pedazo de pan, se encuentra realmente el Señor, el cual da verdaderamente sentido a la vida, al inmenso universo y a la criatura más pequeña, a toda la historia humana y a la existencia más breve.

Queridos Adoradores, cuidar este gran don que Dios entregó a la Iglesia que peregrina en España, a través de D. Luis. Cuidar vuestros momentos de adoración, como un gran tesoro, pensando en vosotros y en todas las personas que necesitan vuestra oración. Y pedimos esta noche a la Virgen del Pilar que siga enviando jóvenes adoradores a su Iglesia.

Adorado sea el Santísimo Sacramento. Ave María Purísima